ALGUNOS CENTENARIOS
DE 1967

Erasmo ¿europeo?
(1467-1536) **

¿P
OR qué, al buscar en el umbral de la edad mo-
derna un personaje representativo de Europa, acude el nombre de Erasmo al espíritu? Erasmo, a
diferencia de Eneas Silvio, y de Vives, nunca escribió
el nombre de Europa en el título de ninguna obra suya.
En el completísimo índice general de su ingente corres-
pondencia falta también este nombre. Si este no ex-
pressa un concepto de su ideario político, ¿será su
Europa, nada más, un espacio geográfico donde se
siente en casa? Aconteció a Erasmo, para situarse
por encima de las fronteras y divisiones, decir que
quería ser ciudadano del mundo: ego mundi civis esse
cupio. El «mundo» no puede ser para él —como para
los antiguos de quienes hereda la fórmula— sino una
ideal patria común de los hombres civilizados. Sin
fijar límites a aquella patria, digamos que Erasmo no
se contenta con pertenecer solo a la Holanda de su
nacimiento y de su adolescencia (Rotterdam, Deven-
ter), a Francia, a Inglaterra, a Bélgica (París, Oxford

* Estas páginas son la versión española de una conferencia sobre Erasmo et l’Europe, dada en Bressanone (Brixen) el 16-VII-1967, en la sesión
inaugural de los cursos de verano de la Universidad de Padua.
** Como es sabido, se desconoce la fecha exacta del nacimiento de
Erasmo (N. de la R.)
y Cambridge, Lovaina y Bruselas) en donde pasó no pocos años; quiere ser también ciudadano de Italia, a cuyos eruditos trató en Venecia y Roma, ciudadano de Basilea en donde fijó su residencia por mucho tiempo, y adonde volvió para morir, después de residir pocos años en Friburgo. Conviene añadir que, para los historiadores de su influencia, Erasmo no pertenece menos a algunos países por los que no viajó siquiera, pero en los que contó bastantes discípulos y amigos, desde España y Portugal hasta Hungría y Polonia. Basta esta enumeración para evocar un «mundo» here-dero de las aspiraciones de la Republica Christiana o Christianitas de la Edad Media, en el cual Erasmo actúa de corifeo de la Humanitas renaciente de la cultura greco-latina.

Federico Chabod, que no le dedica capítulo aparte en su Storia dell’idea de Europa (Bari, 1961) y da mayor importancia a Maquiavelo como precursor de un concepto político de Europa que sustituye al de Christianitas, hace una advertencia notable desde su punto de vista italiano. A principios del siglo xvi encarna Erasmo una mutación en la conciencia de la comunidad espiritual de los humanistas, solo con llegar a ser el más ilustre representante de ella sin ser italiano. Era, en la terminología del siglo xv, un bárbaro, palabra que quiso decir entre los humanistas no-italiano antes de significar no-europeo. Las cosas están cambiando: «He aquí por qué el sentimiento de la unidad espiritual europea está más vivo, bastante más vivo en Erasmo que en Eneas Silvio. No se trata solo de que nació más tarde, sino también de que nació en otro país que Italia.» Esto que Chabod notó de pasada podría puntualizarse largamente con ayuda del Ciceronianus de Erasmo debidamente estudiado en la edición bilingüe anotada por Monseñor Angiolo Gambaro (La Scuola editrice; Brescia, 1965). Este diálogo no es de los más
polémicos de Erasmo, pero es, de sus obras de vejez, la que suscitó las reacciones más vivas, en particular por parte de algunos italianos. No porque fuese, ni mucho menos, un ataque denigrante contra el humanismo italiano de su tiempo. Era una sátira del estilo ciceroniano como adorno postizo que desfiguraba la autenticidad y la misma vida de una amplia cultura en evolución bimilenaria y en busca de su modernidad. El rasgo más visible del ciceronianismo era la repetición psitacista de la terminología política de la antigua Roma (falsa identificación o continuidad que cultivará todavía en el siglo xx cierto estilo del fascismo). Escuchemos a Erasmo ironizando, no contra los romanos de la antigüedad, sino contra el recién desaparecido Longueil, su imitador belga:

«No es la culpa de Longueil, sino de los tiempos. Cicerón se expresaba propiamente hasta más no poder, pero se expresa Longueil con poquísima propiedad, ya que no existen hoy en Roma ni patres conscripti, ni senatus, ni populi auctoritas, ni tribuum suffragia, ni las magistraturas de otros tiempos, ni las leyes, ni los comicios, ni el procedimiento judicial, ni las provincias ni los municipios... En una palabra, ya no existe Roma en Roma. Esta no guarda sino escombros y ruinas como rastros y cicatrices de su antigua desgracia. Qiten de ella al Papa, a los cardenales y obispos, a la Curia con sus oficiales, y también a los embajadores de príncipes, mandatarios de iglesias, colegios y abadías, y por fin aquella muchedumbre de gentes que ya viven de aquella feria, ya acuden a ella en busca de libertad o a caza de la fortuna, ¿qué va a quedar en Roma?» Dígase si se quiere, concluye Erasmo, que la cabeza de la cristianidad es algo más augusto que la del imperio antiguo. Pero a esta realidad debe aplicarse un lenguaje apropiado. El pobre Longueil vivía del mito de la Roma antigua —rerum
dominam gentemque togatam— «así como los judeos siguen soñando con su Moisés y su templo de Jerusalén».

Habría desde luego más que decir (y menos someramente) acerca de estos mitos y de su perennidad. La culpa que les carga Erasmo es la de ocultar la realidad del mundo moderno, en donde una comunidad de cultura coexiste con una Iglesia universal bien o mal centrada en Roma, y cuyo gobierno está en crisis. El «bárbaro», el «Bátavo» Erasmo instalado en la bárbara ciudad de Basilea, se adueña lo mejor que puede de la herencia greco-latina, profana y sagrada, para nutrir con ella su Philosophia Christi. Su evidente desprecio de las intrigas y de la «feria» de la Curia Romana no excluye respeto por los cenáculos del auténtico humanismo romano, y sobre todo por los focos privilegiados de cultura que son la Venecia de Aldo Manucio y la Padua de Bembo.

Sobre la índole y la estructura descentralizada del «mundo» erasmiano derraman bastante luz unas páginas que le inspiró la imprenta de Aldo, en la cual, en 1508, había vivido meses preparando la primera edición amplia de sus Adagios, cuando, siete años después, vuelve a ampliar la colección en Basilea; rinde entonces un sentido homenaje a la hospitalidad de Aldo y a la gloria de su oficina al comentar el Festina lente (Ad. Chil II, Cent I, 1) figurado en el ilustre emblema de la casa: aún y delfín, estabilidad e ímpetu. Esta divisa, cuando servía de efigie a una moneda imperial que circulaba en manos de mercaderes de la antigüedad, no pudo alcanzar mayor gloria de la que le toca modernamente por figurar en el frontispicio de las ediciones aldinas, cuando «en todas las naciones, hasta más allá de los límites de la cristiandad, se propaga con toda clase de libros de una y otra lengua, donde lo reconocen, manejan y celebran todos los que cultivan los estudios libe-
rales». Después de exaltar el alcance grandioso de la empresa editorial de Aldo y de meditar sobre los destinos de la imprenta, pone en su debido lugar, más modesto, el papel de las ediciones frobenianas, cuyo emblema —el caduceo con serpientes y paloma—, si los príncipes de aquel lado de los Alpes fomentasen la cultura tanto como los de Italia, podría competir con el del delfín, y la imprenta de Basilea con la de Venecia.

Estas páginas invitan a pensar que la Europa a la cual Erasmo se enorgullece de pertenecer y de ofrecer su labor, es un área cultural sin fronteras ni orillas, que se ensancha doquiera circulan libremente las ideas y los libros, tanto impresos como manuscritos. Aquí se advierte otra diferencia notable entre la comunidad humanística de tiempos de Eneas Silvio y la de tiempos de Erasmo. La imprenta ha intensificado enormemente la circulación de los libros, y da una importancia nueva a las metrópolis comerciales que son al mismo tiempo emporios de la librería. Erasmo se siente partícipe y co-responsable de un nuevo poder espiritual, o soberanía no-política, por ser el autor que entonces lanza más libros al mercado mundial. Frente al italiano Pietro Corsi, y otros, que se quejan de su imperialismo, de su invasora fecundidad, tiene que disculparse de ser «el polígrafo», el hombre que sin descanso escribe y publica para satisfacer una insaciable demanda europea. Es un aspecto de la situación notada por Chabod como típica del europeísmo cultural de Erasmo. Extra-italiano, representa un mundo descentralizado, pluralista, en que París rivaliza con Roma, Basilea con Venecia.

No se creía, sin embargo, que el gran humanista rebose optimismo sin recelo ante la nueva eficacia que la imprenta da a la difusión del pensamiento en esta región del mundo. El progreso cuantitativo ame-
nazca con la decadencia de la calidad. Pues un mal tipógrafo hace mucho más daño, con sus faltas multiplicadas por miles de ejemplares, que un mal copista. El apresuramiento dan un golpe mortal al escrúpulo con que los escribas de antaño practicaban su arte, tan fieles como notarios jurados. Además, como la industria tipográfica entra en el ámbito de la especulación mercantil, cunde la chapucería, la reproducción fraudulenta y defectuosa de las ediciones, pulula la literatura de baja ley; los panfletos, a menudo anónimos, multiplican las agresiones y fomentan la anarquía intelectual. ¿Será porque el propio Erasmo se siente acosado por ataques polémicos?, ¿porque le asustan ciertas agitaciones revolucionarias? Llega a profetizar (adviértase que es pasaje añadido en las ediciones tardías de los Adagios) que el término de la desorientación del espíritu público bien podría ser una tiranía: «Si siguen las cosas como han empezado, veremos el poder concentrado en pocas manos, y una bárbara tiranía reinar entre nosotros como existe entre los turcos (nótese, de pasada, la idea, común a Maquiavelo y a Montesquieu, del despotismo como cosa oriental). Todo quedará sometido al arbitrio de uno solo o de unos pocos. No quedará rastro de organización civil, una violencia militar lo gobernará todo. Será la ruina de toda buena disciplina. La sola ley vigente será: así lo quiere el amo del mundo» (¿será este ἀνακράτασις el espectro de una monarquía universal o hegemónica, cuya idea sin duda odió Erasmo?) «La jerarquía religiosa será despreciada, y aun si le queda algo de riqueza o prestigio, todo ello será supeditado a los gobernantes cuyo juicio consista en decir sí o no.»

Es sorprendente que veamos abiertas tan sombrías perspectivas con motivo de los abusos del arte tipográfico. No menos curioso que Erasmo, en otra oca-
sión, mencione la dictadura militar «a la turca» como una posible degeneración de la concentración de poderes que podría exigir, según algunos, una cruzada contra los turcos. Pero son reveladores los temores de Erasmo del único ideal político que le parece digno de respeto y amor. Implican adhesión a un orden socio-político equilibrado, armónico y pluralista, fundado en el imperio de la ley, y en que cada elemento vea su dignidad a salvo, desde el pueblo y sus magistrados hasta el clero, sin excluir los monjes, de modo que toda discordia se resuelva en acuerdo sobre el ideal común: *borum omnium concors discordia et eodem tendens varietas*. Esta es la fórmula de la exigencia en que estribaba, según Erasmo, en la vida interna de los pueblos como en la coexistencia de los Estados, la floración del humanismo cristiano, cultura común elaborada por y para la región del mundo llamada Europa.

Que alabara los bienes de la armonía civil y abominara los males de la tiranía es postura grata a los europeos de hoy, y de cuya sinceridad no cabe dudar, aunque la expresó de modo no sistemático. Pero entre los escritos de Erasmo, los que hablan con más fuerza al corazón y a la razón de los europeos, y los incitan mejor a clasificarlo de precursor de su ideal, son unos macizos alegatos en contra de la guerra o en pro de la paz. Siguen siendo actuales no pocas páginas del adagio *Bellum*\(^1\) o *Dulce bellum inexpertis* (*Ad. Chil. IV, Cent. I, 1*, «Agradable es la guerra a los que no la conocen por experiencia»), o de la amarga «Lamentación de la paz (*Querela pacis*) desterrada en todas partes». Es verosímil que si Erasmo pudiera volver a nuestro mundo y ver a media docena de naciones europeas asociándose en comunidad de intereses económicos para sentirse más y más hermanas y solidarias, para prohibirse a ellas mismas, cada vez más,
un porvenir de guerras fratricidas como las del pasado en que se destruyan ciegamente unas a otras, bendeciría tal máquina de hacer paz. Le desearía buen éxito. Tal vez no le sorprendería mucho la noticia de que los europeos necesitaron, para llegar a tan tardía cordura, la experiencia de dos guerras atroces, nacidas en sus confines, y luego dilatadas, con medios de destrucción cada vez más espantosos, a las más alejadas regiones del planeta. Erasmo se anticipa a los europeos por su pacifismo radical y convencido; tal vez cabría hablar de su pacifismo desesperado.

Descubrió con tristeza e indignación la facilidad con que los hombres se dejan arrastrar a las guerras como si cayeran víctimas de un vértigo en un abismo de calamidades sin número ni medida, en que pierden todos sus recursos hasta el agotamiento, y saliendo vencido el propio vencedor. Denunció con clarividencia rigor los sofismas de la ambición dinástica y de la razón de Estado, sus cálculos siempre ilusorios a largo plazo; siendo pagada la cuenta varias veces, en lo inmediato, por los pueblos sujetos al impuesto, a la matanza y al saqueo. Hoy, cuando más urgentemente que nunca se hace sentir en varias regiones de la tierra la necesidad de extinguir a tiempo los conflictos bélicos nacientes gracias a un procedimiento de arbitraje, no podemos menos de escuchar con agrado la voz del buen sentido que el autor de Bellum concreta en un modesto apólogo, asimilando los conflictos entre estados a litigios privados, y proponiendo el ejemplo de un hombre dispuesto a entrar en un pleito interminable cuyo papeleo le arruinará, pero que se echa atrás después de calcular bien y acepta un compromiso, habiéndose convencido de que toda lucha que se lleva «hasta el cabo» cuesta más, incluso para el vencedor, que concesiones gravosas.

Cierto es que las guerras a las cuales Erasmo
asiste escandalizado no son tanto «guerras nacionales» como conflictos entre reyes o entre coaliciones de soberanos. Para tales juegos de príncipes se forman los ejércitos con soldados voluntarios, profesionales, a menudo con mercenarios extranjeros, aunque ya las operaciones de enganche se realizan con frecuencia, para cada soberano beligerante, entre sus propios súbditos, de modo que un tributo de sangre de las clases más desheredadas se añade a los impuestos de las clases contribuyentes. Así viene arraigando en los pueblos el patriotismo agresivo que en Europa alimentará tantas guerras, en las que las pasiones belícicas de las masas servirán a las de los reyes antes de sustituirlas. Erasmo, desde luego, no reprobó toda forma de patriotismo. Este «ciudadano del mundo» hizo un elogio conmovedor de su patria chica, Holanda, y de sus pacíficos modos de vivir (Ad., Chil. IV, Cent. VI, 35: «Auris Batava»). Pero en el Elogio de la locura se burla de la philautia, del amor propio localista en que se complace el patriotismo de campañario, propenso a transformar la alabanza de los méritos del reino, provincia o ciudad, con afirmaciones de superioridad sobre los vecinos o rivales. Dañosa raíz del nacionalismo.

El filósofo cristiano condenó severamente los particularismos de órdenes monásticas, pagada cada una de su hábito como los regimientos de sus uniformes. Pero —piénsese en el Coloquio del Cartujo y del soldado— concentró sobre la gente de guerra y sus admiradores la aversión visceral que sentía por la guerra, crimen de los crímenes contra la humanidad y contra la ley de Cristo. Para un pacifista antimilitarista como el autor de la Querela pacis, el colmo del escándalo es, a todas luces, ver a unos sacerdotes o monjes predicando guerra, a unos cardenales o incluso papas metidos en acciones guerreras. No creo que se haya notado aún
la sensibilidad de Erasmo, intelectual, a la posición ridícula del intelectual que, sentado y con la pluma en la mano, excita al combate o se convierte en defensor de las pasiones, o si se quiere virtudes, belicosas. Si escribió tantas páginas implacables contra la guerra fue indudablemente porque su temple de intelectual, de pensador solitario, repugnaba todo movimiento gregario, y reforzaba las decisiones de su razón.

Por eso merece salvarse del olvido uno de los más sabrosos escritos de la vejez de Erasmo: su réplica al humanista italiano Pietro Corsi, que se había creído obligado a volar en defensa de la patria ultrajada —y casi amenazada— solo porque Erasmo, al comentar la frase proverbial *Myconius calus* (Ad., Chil. II, Cent. I, 7), había citado como ejemplos de excepción o *rara avis* «un Escita sabio, un italiano guerrero (*italus bellax*), un mercader honrado, etc...».

No se puede dudar de la sinceridad de Erasmo cuando protesta que la *bellacitas* no es para él una virtud, y que si los italianos no brillan a sus ojos por esta manera de ser, es el reverso de la gran capacidad que admira en ellos para las artes de la paz y las tareas de la cultura. Especialmente cómico a sus ojos era el entusiasmo de Corsi por los militares profesionales. Erasmo, en rigor, admitía la glorificación de los ciudadanos soldados de la república romana que volvían al arado después de pelear en defensa de los altares y los hogares. Es punzante su ironía contra el humanista que ensalza como parangón de la *bellacitas* italiana al ilustre condottiere Bartolomeo Alviano (cuya figura, por cierto, había de atraer, en el siglo XIX, al Conde de Gobineau). Da la casualidad de que no es un desconocido para Erasmo, pues estaba en Venecia, en 1508, cuando el Alviano volvía allá de una campaña al Norte, con triunfal aparato, y el filósofo pudo saber de los propios familiares del general que su éxito no
merecía tanto ruido. Sobre todo le había parecido grotesco al Bátavo el deseo que notaba en torno suyo de ofender en él una vanidad nacional inexistente, celebrando ante él aquella victoria supuesta sobre sus hermanos «alemanes», cuando aún no había puesto los pies en Alemania. Pero Corsi, con la pluma en la mano, se sentía ufano de los triunfos del Alviano, ufano por ser italiano, descendiente de inmemorial abolengo italiano, y como tal obligado a salir en defensa de su raza. Erasmo, no menos escéptico frente al mito racial que frente al nacional, se divierte en cavilar si acaso su contrario se glorificará de antepasados «godos» bajo el nombre de italianos (el problema es cómicamente «gobiniano»): «Cuando estaba en Roma, dice, pretendían en serio algunos eruditos que la heroica nobleza era descendencia de los godos y otras naciones bárbaras, mientras los hombres bajitos, feos y flacos eran auténticos representantes de la estirpe romana.»

En fin, que el «italiano» Corsi se pelea con fantasmas cuando cree vencer, en el pacífico Erasmo, a un monstruo enemigo de su patria. Compara humorísticamente el Bátavo esta escaramuza con la única corrida de toros que le agradó en su vida; a él que odiaba esta diversión sanguinaria. Era en Roma. En el intervalo de dos corridas un mimo de gran talento, llevada la capa en la siniestra, y en la diestra empuñando la espada, había imitado todas las suertes con notable agilidad, salvando todas las embestidas de un imaginario toro; y para acabar, de una zancada, se había puesto a horcajadas, triunfante, sobre el cadáver de un toro abatido en la arena. Así como entonces se había divertido Erasmo con el incruento espectáculo, se ríe ahora de la faena oratoria de Corsi: «No existe aquel Bátavo acusado de haber querido robar a Italia su gloria militar, y embocado la trompeta para llamar a las salvajes naciones bárbaras a la de-
vastación de Italia.» No, no miente el Báltavo cuando se declara ajeno a toda clase de espíritu nacionalista o bélico. Nunca predicó a las naciones otra cosa que comprensión mutua, deseo de convergencia, en su variedad, hacia la unión espiritual, *eodem tendens varietas*. Casi diríamos que fue alérgico hacia todo lo militar o militar. Es notable que habiendo titulado su más famoso manual de cristianismo, *Manual del soldado o caballero cristiano*, nunca la metáfora del combate espiritual le haya sugerido la de un ejército en el que los buenos cristianos fuesen soldados disciplinados. Cada *miles christianus* está personal e interiormente unido a Cristo «su cabeza», y hace a los vicios una guerra perpetua, toda interior, con «dos armas principales» que son la oración en espíritu y la ciencia fundada en la Sagrada Escritura. Erasmo no buscó jamás en la disciplina militar una escuela de las virtudes sociales. Desconfiaba demasiado para ello de los guerreros profesionales (los veía curtidos en vicios), y de la *militaris violencia* que señala como modalidad fatal de la *barbarica tyrannis* cuyo espectro ve surgir de la disolución moral de su tiempo. ¿Qué hubiera pensado de las tiranías del nuestro, de su amor a los uniformes, de su exaltación de la fuerza, de sus exclusivas que tanto contribuyeron últimamente a provocar la saludable reacción «europea»?

Para saber hasta dónde llegaba su pacifismo, y cuán reacio era a la idea de una Europa que fuese una coalición de pueblos cristianos movilizados contra el enemigo común de la cristiandad, es preciso examinar la posición que toma ante el problema de la guerra contra los turcos, en su *Consultatio de bello Turcis inferendo*³, dirigida en marzo de 1530 al jurisconsulto alemán Johann Rinck. Los turcos eran la anti-Europa, frente a la cual los pueblos europeos parecían obligados
a tomar conciencia de su común riesgo, a falta de conciencia de su comunidad de cultura (*De Europae dissidiis et bello turcico* es el título de un tratado publicado por Luis Vives en 1526). El peligro turco no era nada imaginario. Desde hacía tres cuartos de siglo, desde la instalación de Mohamet II en Constantinopla, la expansión militar otomana había progresado de manera impresionante. Había reducido a esclavitud o vasallaje la mayor parte de los Balcanes. Ya no era solo Belgrado, eran Budapest y Viena las que vivían con la angustia de caer bajo tal yugo. Lejos de negar la inminencia trágica del peligro recuerda Erasmo que los europeos, hace poco, han quedado aterrorizados con la noticia de la derrota cristiana de Mohacz, en Hungría. Pero ¿cómo reaccionaron después? No basta, dice Erasmo, con clamorosos llamamientos a la guerra contra los turcos: bestias fieras, enemigos de la Iglesia, pueblo deshonrado con toda clase de crímenes y vergüenzas. Movilizar así a las muchedumbres no preparadas, es entregarlas incautamente al enemigo. Pues, a raíz del desastre de Hungría y de las devastaciones sufridas por Austria, causa estupor el ver como el occidente renano, y Alemania en general, siguen viviendo como si no les atañieran los acontecimientos: «Nos cruzamos de brazos. Gastamos en placeres y fruslerías lo que no quisiéramos gastar en defensa de otros cristianos.»

Hay que repetir, según el filósofo, la explicación que se oye por doquier de tal estado de ánimo. Es que los papas lanzaron ya demasiadas veces sus siempre iguales campañas de llamamiento al dinero de los fieles —para las bulas de la Cruzada como para indulgencias de toda clase—, siempre con irrisorio resultado. «El dinero, dice, quedó en manos de los papas, de los cardenales, de los monjes, de los generales y príncipes. Pues lo que es el soldado raso, recibe como
sueldo la licencia de saquear. Tantas veces hemos oído anunciar la Cruzada, la reconquista de la Tierra Santa, tantas veces hemos visto las cruces rojas adornadas con triple corona en sus rojos estuches, tantas veces hemos escuchado los sacrosantos discursos que prometían maravillas,nobles hazañas e inmensas esperanzas... y no veíamos triunfo alguno, a no ser sobre el dinero. Si nos avisa el refrán que no caigamos dos veces en la misma trampa, ¿cómo podemos fiarnos de las promesas más estupendas, después de engañados más de tres veces?

No creamos que esta protesta contra la estafa de la Cruzada sea invención o exageración del anticlericalismo de Erasmo. Uno de los más ilustres autores de exhortación a la guerra contra los turcos, el humanista vienés J. Cuspinianus, que no era, según parece, ningún erasmista, había lanzado, a fines del pontificado de León X, un llamamiento a los alemanes y a los húngaros para que se uniesen en la lucha, pero acompañándolo con críticas tan amargas como las de Erasmo contra la inmoralidad y las borracheras en que se unían las gentes mejor que en el esfuerzo militar: también él había evocado la indecente farsa de la Cruzada propuesta por el Papa, con sus indulgencias que cercenan los pobres haberes de los humildes, ingente tráfico en el cual quedan olvidados los turcos, mientras prosiguen sus conquistas y estragos. ¿No íban ellos a unirse con los tártaros para sumergir la cristianidad como en tiempos de Atila?

Erasmo, aunque no dirige discursos patéticos a los cristianos, no quiere ser tachado de indiferente o resignado al peligro de la nueva invasión de bárbaros. Su tesis podría resumirse diciendo que la Europa cristiana no podrá defenderse sino mediante una reforma moral y religiosa que la acerque al ideal cristiano, que tiene tan poca influencia en su vida. Solo con esta condición
podría Dios apiadarse de ella, inspirar a los príncipes cristianos pensamientos de unión fraterna (y ¿qué poco esperanzados son los votos reiterados de Erasmo por que los reyes, guiados por Dios, pongan fin a sus guerras fratricidas!). Si el avance turco tropezara así con una acción militar concertada y vigorosa, podría el cielo dar a los cristianos una victoria de la que, por fin, fuesen dignos. Ya se ve como Erasmo, una vez más, no ofrece a los cristianos otra vía de salvación que el hacerse de veras cristianos. De tal reforma o conversión depende también el porvenir de las relaciones de los no-cristianos con el cristianismo, de la anti-Europa con Europa.

Si el cristianismo ha de triunfar, no ha de ser militarmente: «La verdadera victoria sobre los turcos no es matarlos, sino hacerlos cristianos.» No podrá operarse su conversión sin que vean en los cristianos una conducta digna de Cristo. Se atreve a suponer una posible unificación futura de las tres religiones del Libro, en que se reuniesen con los cristianos no solo el judaísmo sino el islamismo. «San Pablo —dice— nos da buena esperanza de que un día la nación obstinadídima de los judíos sea ayudada con nosotros en un mismo aprisco, y reconozca a un mismo pastor, Jesús. Cuánto más se puede esperar lo mismo de los turcos y demás naciones bárbaras de las que ninguna, según dicen, adora ídolos, sino que tienen un medio-cristianismo (dimidium habet christianismum).» Sorprende tal fórmula. No es improvisación de un hombre que se viera, en 1530, en trance de explicarse acerca del peligro turco, y no pudiera renunciar a su pacifismo tan radical como desesperado. Ya en 1515, en el Bellum, había llevado su reprobación de la guerra hasta el extremo de poner en cuestión la legitimidad de la misma contra los turcos. Sin descartar del todo, frente a ellos, la hipótesis de la guerra de legítima defensa, había
denunciado el espíritu, anticristiano en el fondo, de las guerras de Cruzada: «Puesto aparte nuestro título, y la insignia de la cruz, peleamos como turcos contra los turcos.» Y no vacilaba en escribir: «Por lo demás, los que llamamos turcos son en gran parte unos medio-cristianos (semicristiani) y probablemente más cerca-

nos al verdadero cristianismo que los más de nosotros.»
Bajo la constante acusación lanzada a la faz de una cristianidad indigna del nombre cristiano, vemos apun-
tar aquí, como más tarde en la Consultatio, la idea de

que la unificación religiosa del mundo debe hacerse por
el diálogo, sobre el terreno común del monoteísmo, pues
unos monoteístas son ya cristianos a medias. Lo vol-
verá a insinuar Guillaume Postel, después de viajar por

parte del Oriente musulmán: «Dios, sin que nadie
piense en ello, ha hecho que los habitantes de los diez
doceavos del mundo sean ya medio convertidos y casi

cristianos.»

Sería equivocación creer que tales consideraciones

surgen en el siglo XVI de una conciencia ensanchada de

la oecumené. Son más bien resurgencia de un pensa-
miento que, ya a mediados del siglo anterior, se impone
a la atención por «la universalidad de su ierenismo»,
según frase de Maurice de Gandillac en su introducción

a las Obras escogidas de Nicolás de Cues. Ya en
aquella época, cuando acaba de caer Constantinopla,
cuando Europa acaba de salvarse de milagro por la
batalla de Belgrado (1456), y está cuajando el pensa-
miento «europeo» de Enneas Silvio (el futuro papa
Pío II), es cuando el Cusano, cardenal obispo de
Brixen, desterrado de su diócesis por la guerra, escribe
La paz de la fe, impávido diálogo de las religiones. En

un Examen crítico del Corán (1461) el mismo pensador,
que como Juan de Segovia, pone la atracción pacífica
del Islam en primer término de sus preocupaciones,
procurará mostrar que, «bien interpretado, el Corán
debe conducir a sus secuaces al reconocimiento de la verdad de Cristo». Parece ser que, desligado de las especulaciones metafísicas en que estribaba su aspiración, el irenismo del Cusano se prolonga en él, poco menos universal, de Erasmo. El autor de la Consultatio, incluso después de Mohacz, incluso ante el peligro de ruina total que implicaría una victoria militar turca, se empeña en exaltar el ideal de una conquista pacífica de aquellos conquistadores, por métodos que fueron los de los primeros apóstoles, haciendo ver a los turcos un cristianismo que no sea puramente verbal sino encarnado en costumbres dignas del Evangelio. Si este no los atrae en el acto, habría que fiarse de los efectos de la convivencia para traerlos al cristianismo con lento progreso, como el que hace siglos hizo posible la extinción del paganismo (concepción análoga a la que Las Casas iba a preconizar para la conversión de los indios del Nuevo Mundo en el De unico vocationis modo).

Algunos meses después de la Consultatio, el nacimiento de la Confesión de Augsburgo es nueva ocasión para Erasmo de manifestar confidencialmente su irenismo también frente a la amenaza protestante, desaconsejando toda guerra religiosa. Pasarán pocos años antes que el viejo filósofo, amargado por el radicalismo de las revoluciones religiosas y sociales que estallan esporádicamente en el mismo corazón de lo que hubiera podido ser su Europa unida, formule sus consejos desengañados para que se componga la concordia cristiana (De sacrienda ecclesiae concordia \(^5\), 1533). Las sangrientas y ruinosas competencias entre estados, que viene denunciando con tanto vigor, van a complicarse ahora, sin remedio, con guerra religiosa entre confesiones.

En tanta confusión, ¿a qué «Europa», a qué «cristiandad» podría agarrarse una esperanza? Una hermandad de príncipes europeos contra la anti-Europa
se concibe cada vez menos. Más allá de la frontera movediza, cada vez más cercana, detrás de la cual los amenaza Solimán, se está consolidando la vasta «Turquía de Europa», con cuyos dueños los príncipes cristianos no pueden menos de negociar. Para quien, sin confusiones anacrónicas entre su siglo y el nuestro, investigue lo que pudo ser para Erasmo un ideal europeo de convivencia, es natural que no se lean bajo su pluma sino llamamientos más bien desesperados a la unión, y que, a falta de reconciliación entre los cristianos próximos a quienes conjuraba en vano a vivir según el evangelio, siguiera la lucecita lejana y vacilante de un contacto pacífico entre unos nuevos evangeliastas y los propios musulmanes, esperanza de una nueva cristiandad. Y si su pacifismo integral le inspiró expresiones de grave desengaño, ¿no fue realismo político su voluntad de que no resucitara, ya contra el hereje, ya contra el infiel, un espíritu de cruzada que veía moribundo? Podría ser que la obsesión del veradero cristianismo y de su incompatibilidad con la guerra le ayudara a reconocer y acentuar en el tumulto de su época un movimiento paulatino e irreversible en las relaciones entre política y religión, movimiento al cual no concedió atención el ateísmo político de Maquiavelo.

También le fue dado, mejor que al pensador italiano (muerto entre la revolución de los campesinos de Alemania y la insurrección anabaptista), observar aquellas revoluciones plebeyas, que tanto miedo le daban, a él como a todos los humanistas. No oculta el horror que le inspira el segundo movimiento, que transforma en «rey de Sión» a un zapatero, y que ocupa ya mucho terreno en su Holanda natal. No parece tener el fácil desprecio de Maquiavelo hacia los «profetas desarmados», al estilo de Savonarola. A él como a Vives el comunismo le parece una subversión que los poderes
legítimos deben extirpar por la fuerza. Se hubiera sorprendido nuestro pacifista si alguien le hubiera profetizado que las guerras revolucionarias y las cruzadas ideológicas emprendidas para aplastar a la revolución serían como una metamorfosis moderna —en Europa y en los demás continentes— de las guerras religiosas que abominaba. No cabe duda de que el liberalismo que se oponía a la violencia militar y que caracterizó, según parece, la modalidad política peculiar de su Europa ideal, era, en materia social, individualista y conservador. Pero Erasmo se dejó en el tintero mucho de lo que trañaba su sueño de un Estado capaz de gobernar a unos hombres libres.

Marcel Bataillon
París

NOTAS


3 En el Opus epistolarum, t. VIII, págs. 382-385, solo se reimprime el principio, el fin y una página central. El texto completo está en el t. V, página 345, sg. de Opera omnia, Lugduni Batavorum, 1705.


5 En el Opus Epistolarum, t. X, pág. 282, puede leerse un fragmento epistolar que resume las conclusiones del tratado De sacrimenti ecclesiæ concordia. El texto del tratado figura en el t. V de Opera omnia, ed. cit.